

Una I.E.L.A. educadora

EDITORIAL

Todo sistema educativo responde a un objetivo, al logro de un determinado modelo de hombre. Así, en un país de tipo democrático, la estructura educativa apunta a la FORMACION de hombres capaces de vivir y ejercer conscientemente sus deberes y derechos de ciudadanos libres. Toda la INFORMACION que la escuela le transmita, en cualquier sector del espectro educativo, no lo hará sino en función del objetivo, como MEDIOS que deben conducir a un FIN.

Por otra parte, un país de régimen socialista tiene como meta lograr un tipo de hombre que sirva a sus propósitos. Un hombre FORMADO de tal manera que satisfaga los requerimientos del estado.

Resulta innegable que todo ser humano es un producto de la historia, de la circunstancia, de la genética, y del sistema educativo que lo ha formado. De ahí la importancia fundamental que reviste el tener bien claro ante los ojos el FIN DE LA EDUCACION en todo cuerpo organizado.

En buena parte, estas verdades valen también para la tarea docente de la iglesia. La preocupación por el fin de la educación en la I.E.L.A. debe ser una de nuestras actividades constantes. De su correcta fijación, y de una adecuada instrumentación en la práctica, dependerá la formación del tipo de hombre que tendremos en la organización en el futuro. Despreocupación por el asunto traerá, a su tiempo, grandes problemas. Correcta formación, o indeseable deformación para el futuro, dependen en mucho de nuestra actitud en el presente.

Estamos de acuerdo en que, ocuparse sólo en INSTRUIR, es absolutamente insuficiente para el logro de cualquier objetivo. Es necesario EDUCAR, y ambos términos distan mucho de ser sinónimos. Si la iglesia se limita solamente a transmitir ciertos contenidos en sus clases de escuela dominical, catecúmenos u otras (historias bíblicas, textos

para memorizar), posiblemente sólo esté instruyendo; pero su responsabilidad va mucho mas lejos. Además de ésto se espera que **EDUQUE** y **FORME**. Sírvannos los siguientes ejemplos: Se puede instruir al hombre acerca de la ofrenda; también se lo puede formar para que ofrende. Se le puede enseñar lo beneficioso que es estar en los cultos, y también se lo puede educar para que participe de ellos. Lo mismo vale para la oración, el amor, etc. etc., aunque es necesario reconocer que en la práctica el asunto no es tan sencillo como sobre el papel.

Realmente no se está diciendo aquí algo nuevo. La iglesia en el pasado ha tenido mucho cuidado en la formación de sus miembros, y, gracias a Dios, en la actualidad estamos todavía cosechando lo que otrora se sembró. Lo que ocurría era que el medio ambiente humano estaba mejor preparado y había menos influencia secularizante, además de un espíritu materialista no tan desarrollado. Hoy día las cosas se han complicado tremendamente. En especial la "mentalidad urbana" es la que presenta las mayores dificultades. No obstante, la iglesia debe seguir buscando constantemente la forma de poder seguir formando a los que, evidentemente, se le están escapando de las manos.

Cuando Dios dio la **תּוֹרָה** (Toráh) a Israel por medio de Moisés, dijo: "Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes; y las atarás como una señal en tu mano y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas" (Dt.6:6-8). En síntesis: cada israelita, así lo quería Dios, debía no sólo estar informado acerca de la Ley, sino formado en, con y por ella.

En el Nuevo Testamento, Jesús y los primeros discípulos siguieron en la misma dirección. No sólo instruyeron, sino que educaron a los nuevos conversos, acompañándolos durante años, en forma personal o epistolar.

Resulta imprescindible que en todo tiempo nos preocupemos seriamente por ser una **I.E.L.A. EDUCADORA.-**

C.N.